

AGOSTO 2016**Rusia y Estados Unidos: 25 años de relaciones**

Por Marcelo Montes
Universidad Nacional de Villa María

Desde la caída de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), la relación de Rusia y Estados Unidos nunca pudo ser lineal sino, en gran magnitud, oscilante. Las décadas de competencia nuclear e ideológica no fueron en vano y constituyeron algo así como una dependencia de la trayectoria incluyendo los pocos e intensos buenos momentos del vínculo. Aquí intentaremos, por un lado, brindar una explicación no tradicional de los condicionantes de dicha relación especial, analizarla bajo parámetros no tradicionales que se alejan de los usuales (como los enfoques realistas) que suelen hacer hincapié en los “intereses” o las “capacidades” así como proyectar alguna luz sobre un futuro cercano, considerando las elecciones presidenciales norteamericanas y las rusas, vinculadas con la continuidad o no, de Putin en el poder¹.

Nuestro texto parte de cuatro supuestos:

- 1) las identidades (e imágenes nacionales, auto-percibidas y proyectadas) influyen decisivamente sobre el diseño y ejecución de la política exterior –como bien reconocen los constructivistas–;
- 2) una identidad compartida decrece la percepción de amenaza;
- 3) existe una gravitación especial de la “propaganda” (hoy, “diplomacia pública”) de la Guerra Fría;
- 4) Rusia vivió una severa crisis identitaria post 1991.

Explorando las relaciones de Estados Unidos a nivel global, antes de enfocar las singulares que posee con Rusia, podemos clasificarlas, según los parámetros constructivistas de Alexander Wendt, en:

- a) amistad (por ejemplo, Gran Bretaña, Canadá, Australia);

b) intercambio (Arabia Saudita, Japón, Turquía, Pakistán, China);

c) enemistad o antagonismo (hoy Corea del Norte, antes Cuba, Vietnam, Irán de 1979 y la URSS de 1977-1980).

En ese contexto, ¿cómo podría catalogarse la relación con Rusia? ¿Es un “matrimonio en crisis” sin perspectivas de recuperación? ¿O se trata de una ruptura definitiva?

Estamos tratando de indagar acerca de una pareja muy singular de Estados.

Desde la perspectiva rusa, en términos realistas, hay algunas razones que justifican la rivalidad. Estados Unidos, en su carácter de única superpotencia, incluyendo “poder duro” (militar y económico) pero también “blando” (prestigio e influencia), es el actor con mayores posibilidades de influir en el sistema internacional y, por lo tanto, de afectar –de manera positiva o negativa– los intereses y destino de la política exterior de Rusia. No sólo aventaja a Rusia en cuanto a su poder relativo, ocupando un puesto más alto en el ranking no escrito del poder internacional, sino que su posición como única superpotencia obliga a Moscú a definirse en comparación con ella, encontrando un lugar propio y específico en este sistema internacional que se debate entre la unipolaridad –con Washington como actor hegemónico– y la multipolaridad impulsada por

el ascenso de otros actores. Como si esto fuera poco, además, en un plano no material, Rusia construye su identidad, particularmente, tras la caída de la URSS en 1991, sobre la base de ese “Otro” que es “Occidente”, entendiendo por éste, Estados Unidos, la Unión Europea (UE) y la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) en su conjunto (Morales Hernández, 2012:113-114).

Las explicaciones sobre los cambios del vínculo entre Rusia y Estados Unidos, hasta ahora, sobre una apoyatura realista, han girado en torno al poder, es decir, la hegemonía norteamericana en la estructura internacional, dentro del cual le caben con Rusia apenas tres posibilidades de relación: asociación estratégica, compromiso y contención. Pero como las relaciones entre Estados no pueden sólo visualizarse como si fueran en el marco de un gran tablero de ajedrez, donde los jugadores son absolutamente racionales y menos tratándose de dos “gigantes” como los descritos, tal vez debiera prestarse mayor atención a otros factores. Por ejemplo, es menester investigar los aspectos domésticos de Estados Unidos: sus concepciones de mesianismo, cómo se construyen éstas internamente, vía los “lobbies” especiales, sus percepciones y

estereotipos en torno a Rusia y, en el caso de ésta, descartar preconceptos como la tesis arraigada del expansionismo “natural” ruso y entender mejor que su política exterior históricamente, desde el reinado del Zar Pedro El Grande en adelante, depende en gran medida, de las interacciones con Estados Unidos y Europa (Tsygankov, 2009:9)².

Haciendo un análisis de la genealogía de la relación entre estadounidenses y rusos, debemos explorar:

- a) diferencias y semejanzas históricas y culturales entre Rusia y Estados Unidos;
- b) fases del vínculo en la post-Guerra Fría;
- c) la proyección del vínculo.

Respecto al punto a), partimos de los enormes contrastes entre Rusia y Estados Unidos, en relación al origen y la concepción de la sociedad civil; el papel y la distancia del poder político respecto a la misma sociedad; la cosmovisión de ambos en torno al territorio y, finalmente, los “lobbies” en cada uno de los países. Desde el ámbito de las percepciones mutuas entre Estados Unidos y Rusia, tal vez se trate de uno de los aspectos más espinosos del vínculo histórico entre ambos países, porque los desencuentros, prejuicios y estereotipos han sido manifiestos. Tales percepciones juegan en cinco planos: i) el histórico, con cercanías iniciales y desencuentros

posteriores, sobre todo, después de la Revolución de Octubre y el nacimiento de la URSS; ii) el sistema político, donde se verifica la mayor brecha de valores; iii) la lucha contra el terrorismo (con gran consenso entre ambos); iv) la cooperación militar, incluyendo el capítulo OTAN (con muchísimo recelo y desconfianza mutuas); y v) la cooperación energética (con grandes perspectivas futuras) (Tsygankov, 2009:9).

Para explorar el punto b), se torna necesario avanzar en la esfera del análisis de las políticas exteriores de ambos países y sus objetivos. Thomas Graham, Director para Asuntos Rusos en el Consejo de Seguridad Nacional del gobierno norteamericano de Bush (hijo) en 2005, señaló seis prioridades para Estados Unidos en su relación con Rusia:

- i) integración a Rusia en zonas económicas y de seguridad euroatlántica y del noreste asiático;
- ii) Rusia como socio clave en los esfuerzos de contraterrorismo y no proliferación nuclear³;
- iii) Rusia contribuyendo a formar coaliciones internacionales para la estabilidad regional y la asistencia humanitaria;
- iv) Rusia convertida en oferta confiable de energía en términos comerciales a los mercados globales;

v) cooperación con Rusia en la exploración espacial y el desarrollo tecnológico;

vi) Rusia transformada en una democracia de libre mercado consolidada (Oidberg, 2005) (Mankoff, 2009)⁴.

Respecto al punto ii), se pueden identificar claramente cuatro fases muy nítidas en la relación entre ambos países en estas dos décadas y media:

Entre diciembre de 1991, enero de 1992 y 1993, hubo un verdadero idilio o “romance” entre Estados Unidos y Rusia. Eran los tiempos de los Presidentes Yeltsin y Bush (padre) y Clinton en Estados Unidos. “We have met as Friends”, le dijo Bush (padre) a Yeltsin el 1 de febrero de 1992 en Camp David, en la Cumbre en que recibió al primer Presidente ruso postsoviético, tras el final de la URSS.

En el comienzo de la Administración Bush (hijo), en enero de 2001, una serie de sucesos preanunciaban malas relaciones. El arresto del agente del FBI Robert Hanssen, por espiar para los rusos, como el pedido posterior para que 50 diplomáticos rusos abandonen Estados Unidos, al igual que las acusaciones del Secretario de Defensa Donald Rumsfeld y la Consejera de Seguridad Nacional, Condoleezza Rice, respecto a que Rusia no sólo era un país corrupto que no merecía ayuda económica sino que, además,

proliferaba material nuclear y seguía siendo una amenaza para los intereses de Estados Unidos y Europa, no dejaban dudas de la escasa predisposición estadounidense bajo el nuevo gobierno republicano, a aceptar la amistad rusa. Aun así, Putin insistió en la búsqueda de coincidencias. En la primera Cumbre del verano del 2001, en Ljubliana, Eslovenia, el propio presidente estadounidense reprodujo la famosa y especial frase de sintonía con su par ruso: “Fui capaz de interpretar el sentido de su alma” (Tsygankov, 2006:138) (Tsygankov, 2009:3).

En aquel momento, ante el temor de un regreso de una nueva Guerra Fría, dado el aumento de las diferencias y hasta ciertas tensiones entre Estados Unidos y Rusia, puede afirmarse que dos factores imposibilitaban esa evolución. Por un lado, ya no existía la oposición de dos superpotencias, enfrentadas en los planos ideológico, económico y estratégico. Por el otro, tampoco se verificaba la relativa paridad en la posesión de recursos materiales, existentes en dicho período (Busso, 2008:23)⁵.

Sin embargo, se inauguraría una segunda y muy buena etapa en la relación, a propósito de los atentados del 11 de septiembre de 2001 (11-S) a las Torres Gemelas y al Pentágono,

en Nueva York y Washington, respectivamente⁶. La decisión de Putin de apoyar a Estados Unidos en la lucha posterior a esa fecha, lanzada contra el terrorismo, y la redefinición del interés nacional, condujo a un importante cambio en el discurso ruso. Si bien, buena parte de la elite rusa en política exterior apoyaba tal movimiento, otros expresaban sus reservas porque creían que las políticas norteamericanas podrían socavar, en lugar de fortalecer, la paz y la estabilidad en el mundo, por ejemplo, deteriorando las relaciones rusas con Europa, China y los países musulmanes⁷.

Sin embargo, esa segunda etapa mostraría a partir de 2003, tras la invasión de Irak y el posterior 2004 con las “revoluciones de colores” en Ucrania y Georgia, una subfase negativa. Rusia desconfiaría nuevamente de las intenciones norteamericanas.

El punto más bajo en las relaciones se alcanzó, sin duda, con el breve enfrentamiento armado entre Georgia y Rusia en agosto de 2008, tras el intento de Tbilisi de recuperar por la fuerza la región separatista de Osetia del Sur. Sin embargo, una vez que finalizaron las hostilidades con la mediación de la UE, y pese a que el enfrentamiento retórico con Occidente se mantuvo en un primer plano tras el reconocimiento como Estados independientes de

Osetia del Sur y Abkhazia por parte de Moscú, tanto Rusia como Estados Unidos mostraron con los hechos –desde la firmeza en sus respectivas posiciones– que no deseaban una ruptura del diálogo. Medvedev, en una entrevista concedida a medios rusos poco después de la guerra, seguía defendiendo la idea de un mundo multipolar donde Washington no contara con la hegemonía para imponer su voluntad, en la misma línea del discurso de Putin en Munich; pero, al mismo tiempo –y siguiendo también con el pragmatismo de su antecesor tras el 11-S–, recalcaba que su país no deseaba la confrontación con otras potencias y prefería mantener relaciones fluidas para conseguir ser escuchados y que sus intereses fueran tenidos en cuenta (Morales Hernández, 2012:121-122).

La llegada al poder de Obama en enero de 2009 abriría el cauce para el famoso “reset” o replanteo de las relaciones, coincidiendo con el Presidente ruso Dmitri Medvedev, supuestamente un “demócrata modernizador” en el Kremlin. A pesar de la crisis georgiana unos meses antes, una vez más, ahora desde Estados Unidos, se llevaba adelante la iniciativa de revigorizar el vínculo, con lo cual se inauguraba la tercera etapa⁸.

Las protestas callejeras de 2011 y 2012 contra Putin así como los bombardeos occidentales contra Libia, la guerra civil siria y sobre todo, la crisis ucraniana de 2013-2014, volvieron a eclipsar las relaciones para llegar al punto más bajo de éstas desde la crisis yugoslava. Sólo en septiembre de 2015, con el encuentro Putin-Obama más la intervención rusa en Siria a posteriori, relativamente consensuada con Washington, abren cauce a la esperanza de una reorientación de las relaciones, en esta cuarta y última fase, aunque las continuas menciones al papel ruso en la campaña electoral presidencial norteamericana, opacan dicha posibilidad.

Hubo algunos hechos más, vinculados con las relaciones humanas entre rusos y norteamericanos, que perturbaron más aún el tenso vínculo diplomático entre Washington y Moscú: el Acta Magnitski, el caso Snowden y el problema de las adopciones de niños rusos por parte de ciudadanos norteamericanos.

Respecto al primero, el abogado ruso Sergei Magnitski, que da nombre a la norma, fue encarcelado y murió en prisión en 2009 tras investigar supuestos fraudes en el Gobierno ruso. En 2012 el Congreso estadounidense aprobó la ley para castigar a ciudadanos rusos que presuntamente estuvieron relacionados con la detención, maltrato y muerte del letrado. La ley

permite además sancionar a los responsables de violaciones de derechos humanos cometidas contra quienes tratan de sacar a la luz actividades ilegales de funcionarios rusos o defender las libertades y los derechos humanos en ese país. Las sanciones incluyen la prohibición de visas para viajar a Estados Unidos y la congelación de los activos que puedan tener bajo la jurisdicción estadounidense. Hasta febrero de 2016, Estados Unidos sancionó a 39 funcionarios rusos por violaciones a los derechos humanos, bajo la “ley Magnitski”, a lo largo de sus tres años de vigencia, según el informe anual del Departamento de Estado.

Respecto al tema de las adopciones, cuando se aprobó la lista, en diciembre de 2012, el Kremlin promovió una ley que prohibía la adopción de niños rusos por parte de ciudadanos estadounidenses.

Moscú argumentó su decisión con varios casos de violación de los derechos de los niños adoptados en EEUU y con la negativa de la Justicia estadounidense a autorizar que las autoridades rusas investigaran dichos casos. Además, Rusia bloqueó adopciones de sus huérfanos por matrimonios de parejas del mismo sexo y, en general, por los países que han legalizado este tipo de matrimonios⁹.

También Rusia impuso serias restricciones para las ONGs que pretendiesen trabajar en suelo ruso y fueran originarias de “Occidente”. Rusia llegó a emitir una lista similar a la del Acta Magnitski contra otros 18 funcionarios estadounidenses como respuesta al castigo impuesto por Estados Unidos.

Esta política continuó y a mediados de 2014 la Unión Europea y Estados Unidos impusieron sanciones de carácter económico a una serie de personas y entidades rusas y ucranianas a las que considera culpables de desestabilizar Ucrania y de amenazar su integridad territorial, tras la anexión rusa, en marzo de 2014, de la península ucraniana de Crimea.

Respecto al caso Snowden, se trata de un ciudadano estadounidense, ex empleado de la CIA y contratista de la Agencia de Seguridad Nacional de Estados Unidos, quien pidió asilo en Moscú en 2013 y le fue concedido por las autoridades rusas, despertando todo tipo de sospechas en Washington, como en los viejos tiempos de intercambio de espías de la Guerra Fría. Estados Unidos había pedido su detención y posterior extradición pero Moscú se negó a hacerlo y todavía hoy Edward Snowden vive en suelo ruso.

Hoy la realidad del vínculo bilateral, explorando tanto creencias, valores y percepciones como

también intereses, atraviesa una era de distanciamiento y una mutua percepción de ambas sociedades como “amenazas”. Del lado estadounidense, se insiste en una suerte de imperialismo moralista, tratando de convencer a los rusos de lo equivocados que están al votar y aprobar a Putin, como del lado ruso se predica el “whataboutism”, típico de los años sesenta, donde se les repreguntaba a los estadounidenses, con sarcasmo, “qué hay” del abuso de armas, las drogas, la decadencia moral, el racismo y otros flagelos domésticos que son tanto o más repudiables que el tipo de democracia que presenta un país, lo cual relativiza ese moralismo del que hacen gala.

Para que exista una relación que no se sustente en prejuicios o malinterpretaciones, también debe abandonarse cierto mito de la desintegración rusa, que ha sido aprovechada por el Kremlin para aumentar su control interno. El argumento de la implosión, la inestabilidad o el colapso fue usado desde los tiempos de Yeltsin para justificar el apoyo norteamericano y, al mismo tiempo, la sobreestimación de las capacidades rusas, para influir sobre su espacio postsoviético.

Es cierto que sumado a todo esto ambos países presentan divergencias globales como en derechos humanos, democracia liberal,

intervencionismo humanitarista, cambio climático, etc., y una fundamental respecto al rol de los dos en el mundo. Mientras Estados Unidos aboga por mantener su primacía, Rusia la cuestiona y plantea la necesidad de un orden mundial multipolar, sustentado en un “balance de poder” realista. Pero también es cierto que tanto Washington como Moscú están movidos por algunas coincidencias y hasta intereses comunes (desarme nuclear, Irán y guerra contra el terrorismo musulmán radicalizado).

Evaluando entonces el vínculo bilateral, puede afirmarse que la comprensión norteamericana del caso ruso es directamente proporcional a la debilidad rusa. Esto significa que, en los momentos de mayor debilidad de la Federación, por ejemplo, los años noventa, los norteamericanos se tornan más cercanos a los rusos, aunque fuera desde una posición de superioridad, nunca de igualdad. Los prejuicios normativistas han minado tal evaluación de una política exterior que así como ha tenido momentos de alejamiento, como la ocasión de la famosa frase de Putin en el 60° aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial, lamentando el final de la URSS o el enfriamiento de las relaciones entre Rusia y los estados bálticos, a propósito del recuerdo permanente del Pacto Ribbentrop-Molotov en 1939 hasta la

concordancia en la lucha contra el terrorismo después de los atentados del 11-S. Los rusos lamentan tanto como Putin la caída de la URSS pero saben, también al igual que él, que su restauración es una tarea fútil y absurda (Lo, 2005:3).

Precisamente, en un balance general, puede decirse, sin temor a equivocarnos, que mientras Estados Unidos “sufrir” de un “complejo de superioridad”, Rusia parece “sufrir” de un “complejo de inferioridad”. En cualquier caso, ha faltado sentido de la proporción y la perspectiva en las relaciones entre ambos países. Es iluso y hasta contraproducente pensar que entre Estados Unidos y Rusia puede existir comunidad axiológica. Pero eso no significa que debido a ello resulta imposible pensar en armonía de intereses. Una relación más pragmática supone un “approach” más equilibrado. La visión norteamericana ante la transición rusa, ha pasado desde una enorme complacencia (era yeltsinista y primera parte del putinismo) hasta un criticismo desmedido o un profundo pesimismo, que percibe a Putin, como un líder que busca restaurar a la URSS.

Es evidente la gravitación en la relación entre ambos de terceros Estados, por ejemplo, con gran parte de Europa del Este (polacos,

ucranianos, georgianos, bálticos, serbios, etc.). Estos estados, ahora independizados de la ex URSS, van creando sus propias identidades nacionales sobre la base del odio histórico y resentimiento contra un “Otro” ficticio, que ya no puede ser la URSS sino Rusia, como si ésta no hubiera sido también “víctima” en cierto modo, de aquélla. No sorprende entonces que polacos, checos y bálticos hayan sido los más insistentes con su incorporación tanto a la UE como a la OTAN, amparándose en sus críticas a la “amenaza rusa”.

También puede observarse una asimetría manifiesta en materia de “lobbies”. Mientras en Estados Unidos proliferan los grupos de inmigrantes polacos, ucranianos, judíos, expulsados por los zares rusos o los bolcheviques, por lo que mantienen en la diplomacia, docencia o política, posturas muy críticas y muy sesgadas contra Rusia, en ésta no existe ninguna preocupación por hacer cabildeo que contrarreste aquellas críticas en el mundo occidental. Por el contrario, en tiempos recientes, tanto Londres como Suiza se han erigido en baluartes de políticos opositores rusos a Putin, como el ya fallecido Berezovski, Mikhail Khodorkovsky y Garry Kasparov, que aprovechan la no poca exposición mediática que le ofrecen los occidentales para denostar a la

Rusia “antidemocrática” e “imperialista”.

Finalmente, existe una ignorancia creciente en “Occidente”, en general, y en Estados Unidos, en particular, respecto a Rusia y lo ruso. Rusia no es la URSS, ésta era más visible y lograba mayor interés de “Occidente” por razones obvias, por lo que hay menor interés académico y político por conocer y estudiar Rusia hoy. Es más fácil asimilarla a la vieja URSS y creer que puede obrar o actuar de la misma manera que aquella, aunque haya diferencias estructurales insalvables.

Desde el punto de vista de la proyección del vínculo entre rusos y norteamericanos, puede visualizarse que:

A- en el corto plazo, continuarán las tensiones. Si gana Trump las elecciones estadounidenses –algo improbable–, si bien reconoce y aprueba cuestiones puntuales como el liderazgo de Putin, la anexión de Crimea y la recuperación de la autoestima rusa, algo que desea replicar en el caso estadounidense, difícilmente el ala más dura del Partido Republicano acepte tales percepciones favorables de Rusia. En caso de que gane Hillary Clinton –lo más probable–, siendo la continuidad de Obama, no vemos la posibilidad de restaurar un “reset” ni de generar una política creíble para Moscú, toda

vez que Putin identifica a la esposa de Clinton como una “halcón” anti-rusa, liderando la pléyade de humanitaristas liberales como las funcionarias de la administración Obama, la Embajadora ante la ONU, Samantha Power y la Consejera de Seguridad Nacional, Susan Rice, que naturalizan la Rusia como una “autocracia”. Tampoco el apellido Clinton le guarda buenos recuerdos a Putin, porque con él rememora los pésimos momentos de la claudicación rusa de su antecesor Yeltsin a “Occidente”.

B- Las buenas relaciones coyunturales entre China y Rusia, producto en gran medida de la crisis ucraniana y las sanciones europeas y estadounidenses a Rusia, pueden agregar incertidumbre a los gobernantes de Washington por la hipótesis de un eventual eje contra-hegemónico, que puede no ser real en el corto, aunque sí en el largo plazo.

C- Los vínculos diplomáticos formales e informales entre Washington y Moscú continúan. Al encuentro mencionado de Obama con Putin en la ONU en septiembre del año pasado, debe sumarse los continuos encuentros de ambos cancilleres, como Kerry y Lavrov, especialmente, a raíz de la intervención rusa en Siria.

D- También se verifican contactos permanentes y crecientes en el plano de la sociedad civil.

Todo ello puede suponer que en el futuro haya una especie de “reset” interno mucho más fructífero que el gubernamental.

Referencias:

(1) Desde el punto de vista discursivo, la política exterior tanto de Putin (2000-2008 y 2012 hasta la actualidad) - Medvedev (2008-2012) ha sido multivectorial y se dirigió tanto hacia Asia como hacia la región euroatlántica sin que prime un área geográfica o grupo de países sobre otros. Sin embargo, en la práctica, la atención paralela a Europa y Asia implica necesariamente una orientación prioritaria hacia los Estados Unidos, única potencia con la que Rusia se encuentra en ambos escenarios. Esta tendencia, vigente ya durante la época soviética (las relaciones entre las dos superpotencias constituían la base del orden internacional), se adapta, además, a un rasgo singular de los sucesivos regímenes ruso-soviéticos, marcados por un elevado personalismo. Paradójicamente, a las autoridades rusas les resulta más fácil tratar con una potencia exterior “personalizable”, los Estados Unidos, que con un interlocutor abstracto y una autoridad colectiva difusa, como puede serlo la UE. Pareciera que en términos económicos la “nueva Rusia”

privilegiara la relación con “Occidente”, excepto en el espacio postsoviético, donde está dispuesta a evitar cualquier deslizamiento de las ex repúblicas hacia el Oeste. Esto supone que el Estado ruso está, por un lado, aceptando las reglas de juego de la globalización pero, al mismo tiempo, está tratando de preservar o ampliar su rol geopolítico en la región que históricamente ocupa desde el tiempo de los Zares.

(2) Intelectuales franceses como el fisiócrata Guillaume Le Trosne en el siglo XVIII, Michel Chevalier y Alexis de Tocqueville en el siglo XIX, fueron quienes contribuyeron enormemente con sus escritos y libros, a generar esa imagen tan gravitante para la posteridad europea, en relación a la oposición binaria entre Estados Unidos y Rusia. La primera, que era desconocida para el Viejo Continente hasta ese momento, tenía un futuro más que promisorio de paz y progreso mientras que a la segunda se la identificaba con el atraso y la barbarie. Paradójicamente, con el tiempo, la nación que estaba físicamente fuera de Europa, pasó a ser asimilada con los valores de ésta y la otra, que sí

estaba en el continente europeo y hasta 1819, prácticamente, la lideraba, de inmediato, empezó a ser excluida del concierto regional. En ocasión de la Guerra Fría, este fenómeno se amplió y consolidó en el imaginario colectivo europeo y según parece, continúa hasta la actualidad, a pesar de la caída de la URSS (Adamovsky, 2009: 18-22).

- (3) Paradójicamente, el único dato que podría decirse, persiste de la lógica de la Guerra Fría, es la competencia nuclear entre Rusia y Estados Unidos. En efecto, Rusia, con una larga experiencia en el desarrollo, fabricación y desmantelamiento de armas nucleares, más cuantiosas reservas de plutonio y uranio enriquecido, es la segunda potencia nuclear del planeta y junto con Estados Unidos, constituyen el 95% del arsenal nuclear mundial. Además, cuenta con agentes químicos y biológicos y una larga historia en poder nuclear civil, con la suficiente experiencia a ser volcada en la lucha contra la posesión de armas de destrucción masiva, por parte de organizaciones terroristas (Graham, 2009:6).
- (4) A nivel mundial y en el plano económico, la presencia de Rusia en el G-20, es un

indicador de cómo perciben –receptiva y positiva– los Estados occidentales y más desarrollados a la Federación Rusa. En cambio, en otras instancias, también colectivas, como la OMC (Organización Mundial de Comercio) y la OTAN (organización militar y de seguridad, herencia de la Guerra Fría), Rusia no es miembro integrante, aunque aspire o no a pertenecer a dicha elite regional-mundial. De todos modos, sobre todo, las recientes relaciones de Rusia con Estados históricamente aliados a Estados Unidos, como Israel o Turquía, demuestra que Rusia también puede incursionar en dichas coaliciones, de modo bilateral.

- (5) También podría agregarse que, dada la magnitud de los volúmenes militares, defensa y seguridad, en términos económicos, de armamentos, efectivos, tecnología, etc., la tensión Rusia-Estados Unidos ha dejado de tener el carácter cuasi excluyente que tenía antaño en las relaciones internacionales, pasando a ser sustituido en todo caso, por otro eje: China-Estados Unidos (Zubelzú, 2008: 42).
- (6) La relación entre ambos presidentes fue

intensa en términos cuantitativos –llegaron a celebrar veintisiete cumbres bilaterales, en comparación con las dieciocho realizadas entre Yeltsin y Clinton–, pero se mantuvo en un plano superficial en cuanto a la construcción de la confianza y la aproximación de intereses. La ausencia de un mecanismo institucional permanente, como lo había sido la comisión formada por el Vicepresidente de EE.UU. Al Gore y el Primer Ministro ruso Viktor Chernomyrdin en la etapa anterior, explica en parte estas carencias (Morales Hernández, 2012: 117).

- (7) Había una especie de acuerdo tácito entre Bush (hijo) y Putin a partir del 11-S: el Kremlin mostraría abstención con respecto a la expansión del poderío militar de EE.UU. hacia una zona históricamente de influencia rusa, pero Washington se abstendría de criticar los esfuerzos de Putin para establecer un Estado fuerte y centralizado en general y, en particular, en las políticas destinadas a Chechenia. Ante este apoyo, Bush decide aceptar la membresía plena de Rusia en el G-8 y plantea en 2002 que la reunión del Grupo en 2006 sería en Rusia (Busso, 2008:36).
- (8) El 23 de septiembre de 2008, Medvedev

brindó su discurso en la Asamblea General de la ONU, volvió a encontrarse con Obama y coincidió en la posibilidad de sanciones a Irán. Dos meses más tarde, se reencontrarían en Copenhague (Dinamarca) y conversaron acerca de la posibilidad de un nuevo Tratado de limitación de armas estratégicas (START), que sustituya al que había caducado el 5 de diciembre de 2007, dando de baja un tercio de los arsenales nucleares estratégicos. Había claramente deshielo con Moscú. En julio, se habían encontrado en Moscú y, luego, en la Embajada americana (“Spaso House”), con dirigentes opositores rusos como Nemtsov, Kasparov, etc., mientras que liberales como Shevtsova, Gudkov y otros, publicaban en The Washington Post críticas a realistas que trataban a Rusia como si fuera incapaz de democratizarse (Caucino, 2015: 404-405).

- (9) En diciembre de 2013, el Comité de Instrucción (CI) de Rusia inició una causa penal a raíz de las recientes investigaciones periodísticas sobre el tráfico de niños rusos adoptados por familias estadounidenses. Según la

investigación, “se crearon bolsas ilegales dedicadas al comercio de niños en los portales de Yahoo y Facebook en territorio estadounidense”, dijo el portavoz del CI, Vladímir Markin, citado por agencias rusas. Explicó que primero su cartera realizó una investigación preliminar de las informaciones de la cadena NBC y la agencia Reuters que desvelaron el tráfico de niños rusos en Estados Unidos tras lo cual se tomó la decisión de instruir el caso. A pesar de que los delitos de comercio ilegal y abusos sexuales fueron cometidos fuera de Rusia, “estaban dirigidos contra sus ciudadanos”, aseveró el portavoz, quien agregó que el CI también se encargará de investigar la legitimidad de aquellas adopciones de huérfanos por familias estadounidenses (Russian Beyond the Headlines, 2013).

- (10) Para que ello sea realidad, es fundamental poseer una relación constructiva con “Occidente” y, luego, una democracia institucionalizada, para así, convertirse en un socio confiable y estratégico. Los estados occidentales y las organizaciones multilaterales deben hacer lo posible entonces por tratar con una Rusia que tal vez, no sea una democracia occidental,

pero sí puede tener intereses políticos, económicos y de seguridad, comunes. Para ello, debe abandonar la premisa clintoniana de que sólo los Estados democráticos pueden tener políticas cooperativas y “razonables” (Lo, 2005:5).

Bibliografía:

- ADAMOVSKY, Ezequiel, 2009, “El paralelo Rusia/Estados Unidos en Francia y la formación de una identidad occidental: usos políticos tempranos, desde Le Trosne a Tocqueville y Beaumont”, en *Prismas*, Revista de historia intelectual, Número 13, Buenos Aires.
- BUSSO, Anabella Estela, 2008, febrero, “Estados Unidos y la Rusia de Putin: ni el regreso a la Guerra Fría ni la superación de las dudas históricas”, en *Una Guerra Fría? Conflicto y cooperación en las relaciones entre Estados Unidos y Rusia*, Segunda sesión pública del Instituto de Política Internacional, Academia Nacional de Ciencias orales y Políticas, Buenos Aires, celebrada el 16 de octubre de 2007, Talleres Gráficos Leograf.
- CAUCINO, Mariano A., *Rusia, actor global: el renacer de un gigante y la inquietud de Occidente*, El Estadista Ediciones, Buenos Aires, 2015.
- GRAHAM Jr., Thomas, 2009, “Resurgent Russia and U.S. Purposes, A Century Foundation Report”, *The Century Foundation*.
- LO, Bobo, 2005, “Rusia and the West: problems and opportunities”, *UNISCI Discussion Papers*, UCM, Madrid.
- MANKOFF, Jeffrey, 2009, *Russian Foreign Policy, The Return of Great Power Politics*, a Council on Foreign Relations Book, Roman & Littlefield Publishers, Inc., Lanham, Maryland.
- MORALES HERNÁNDEZ, Javier, 2012, Las relaciones Estados Unidos-Rusia; un balance de la política de “reset”, en Morales Hernández, Javier (editor), *Rusia en la sociedad internacional, Perspectivas tras el retorno de Putin*, UNISCI; UCM, Madrid. Capítulo 4, 5 y 9.
- OLDBERG, Ingman, 2005, “Foreign policy priorities under Putin: a tour d’horizon”, en Hedenskog, Jakob, Konnander, Villhelm, Nygren, Bertil, Oldberg, Ingmar, Pursiainen, Christer (eds.), *Russia as a Great Power, dimensions of security under Putin*, Routledge, Taylor & Francis Group, Nueva York-Londres.
- RUSSIAN BEYOND THE HEADLINES, 2013, 6 de diciembre, Moscú abre una investigación por tráfico de niños rusos adoptados en Estados Unidos.
- TSYGANKOV, Andrei P., 2006, *Russia’s*

Foreign Policy: Change and Continuity in National Identity, Lanham, Rowman and Littlefield Publishers, New York.

- TSYGANKOV, Andrei P., 2009, *Russophobia, Anti-Russian lobby and American Foreign Policy*, Palgrave Mac Millan, Nueva York.
- ZUBELZÚ, Graciela, 2008, febrero, “Las relaciones ruso-norteamericanas y los desafíos de Rusia”, en *Una Guerra Fría? Conflicto y cooperación en las relaciones entre Estados Unidos y Rusia*, Segunda sesión pública del Instituto de Política Internacional, Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, Buenos Aires, celebrada el 16 de octubre de 2007, Talleres Gráficos Leograf, Buenos Aires.

Para citar este artículo:

Montes, Marcelo (2016), “Rusia y Estados Unidos: 25 años de relaciones” [disponible en línea desde agosto 2016], Serie de Artículos y Testimonios, N° 128. Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales. Dirección URL: <http://www.cari.org.ar/pdf/at128.pdf>